

9.- JUNIO: CREO EN LA IGLESIA

PREGUNTAS: ¿Vives la dimensión comunitaria de tu fe, tanto para recibirla como para darla? ¿En qué medida valoras las instituciones de la Iglesia? ¿En qué aspectos te sirves de la Iglesia? ¿En cuales sirves a la Iglesia? ¿Y en qué otros podrías servir aún más a la Iglesia? ¿Qué es lo que te separa de la Iglesia? ¿Por qué? ¿Qué puedes aportar al mundo de hoy? ¿Y nuestra parroquia? ¿Cómo podríamos fomentar la verdadera comunión en la Iglesia, en nuestra parroquia, en nuestras familias?

TEXTOS: 1 Cor 3,16-23; 1 Cor 12,12-30; Ef 2,14-22; Ef 4,1-13; ; CIC 748-1065. Decreto *Lumen Gentium* del CV II.

«Victorino (no cristiano) leía la Escritura e investigaba y escudriñaba curiosísimamente todos los escritos cristianos, y decía a Simpliciano (cristiano), no en público, sino muy en secreto y familiarmente: “¿Sabes que ya soy cristiano?” A lo cual respondía aquel: “No lo creeré ni te contaré entre los cristianos mientras no te vea en la Iglesia de Cristo”. A lo que éste replicaba burlándose: “Pues qué, ¿son acaso las paredes las que hacen a los cristianos? Y esto de que “ya era cristiano” lo decía muchas veces, contestándole lo mismo otras tantas Simpliciano, oponiéndoles siempre aquél la burla de las paredes (...) Pero después que se hizo fuerte y temió ser negado por Cristo delante de sus ángeles si él temía confesarle delante de los hombres y le pareció que era hacerse reo de un gran crimen avergonzarse de los sacramentos de humildad de tu Verbo... se avergonzó... y dijo de pronto a Simpliciano: “Vamos a la Iglesia, quiero hacerme cristiano”. Victoriano prefirió confesar su salvación, la profesión de fe, en presencia de todo el pueblo santo» (SAN AGUSTÍN, *Confesiones* VIII, 2,3-5).

«Aquí tenemos un primer efecto importante de la acción del Espíritu Santo que guía y anima el anuncio del Evangelio: la unidad, la comunión. En Babel, según el relato bíblico, se inició la dispersión de los pueblos y la confusión de las lenguas, fruto del gesto de soberbia y de orgullo del hombre que quería construir, sólo con las propias fuerzas, sin Dios, «una ciudad y una torre que alcance el cielo» (*Gn* 11, 4). En Pentecostés se superan estas divisiones. Ya no hay más orgullo hacia Dios, ni la cerrazón de unos con otros, sino que está la apertura a Dios, está el salir para anunciar su Palabra: una lengua nueva, la del amor que el Espíritu Santo derrama en

los corazones (cf. *Rm* 5, 5); una lengua que todos pueden comprender y que, acogida, se puede expresar en toda existencia y en toda cultura. La lengua del Espíritu, la lengua del Evangelio es la lengua de la comunión, que invita a superar cerrazones e indiferencias, divisiones y contraposiciones. Deberíamos preguntarnos todos: ¿cómo me dejo guiar por el Espíritu Santo de modo que mi vida y mi testimonio de fe sea de unidad y comunión? ¿Llevo la palabra de reconciliación y de amor que es el Evangelio a los ambientes en los que vivo? A veces parece que se repite hoy lo que sucedió en Babel: divisiones, incapacidad de comprensión, rivalidad, envidias, egoísmo. ¿Qué hago con mi vida? ¿Creo unidad en mi entorno? ¿O divido, con las habladurías, las críticas, las envidias? ¿Qué hago? Pensemos en esto. Llevar el Evangelio es anunciar y vivir nosotros en primer lugar la reconciliación, el perdón, la paz, la unidad y el amor que el Espíritu Santo nos dona. Recordemos las palabras de Jesús: «En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os amáis unos a otros» (*Jn* 13, 35)» (FRANCISCO, *Audiencia General del 29 de Mayo de 2013*).

«Además, el mismo Espíritu Santo no sólo santifica y dirige el Pueblo de Dios mediante los sacramentos y los misterios y le adorna con virtudes, sino que también distribuye gracias especiales entre los fieles de cualquier condición, distribuyendo a cada uno según quiere (*1 Co* 12,11) sus dones, con los que les hace aptos y prontos para ejercer las diversas obras y deberes que sean útiles para la renovación y la mayor edificación de la Iglesia, según aquellas palabras: “A cada uno... se le otorga la manifestación del Espíritu para común utilidad” (*1 Co* 12,7). Estos carismas, tanto los extraordinarios como los más comunes y difundidos, deben ser recibidos con gratitud y consuelo, porque son muy adecuados y útiles a las necesidades de la Iglesia» (*Lumen Gentium* 12).

«Preguntémonos hoy: ¿cuánto amo a la Iglesia? ¿Rezo por ella? ¿Me siento parte de la familia de la Iglesia? ¿Qué hago para que sea una comunidad donde cada uno se sienta acogido y comprendido, sienta la misericordia y el amor de Dios que renueva la vida? La fe es un don y un acto que nos incumbe personalmente, pero Dios nos llama a vivir juntos nuestra fe, como familia, como Iglesia. Pidamos al Señor, de manera del todo especial en este Año de la fe, que nuestras comunidades, toda la Iglesia, sean cada vez más verdaderas familias que viven y llevan el calor de Dios» (FRANCISCO, *Audiencia General del 29 de Mayo de 2013*).